



De la Noche del Pogrom a la 'Solución Final': experiencias y lecciones

31.10.2002 | Riegner, Gerhart M.

Estamos aquí reunidos esta noche para recordar lo que sucedió en Alemania hace cincuenta años, la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, y cómo la Noche del Pogrom llevó a la “Solución Final”. Estamos reunidos aquí para rendir homenaje a las víctimas y para aprender una lección para el futuro.

De la Noche del Pogrom a la “Solución Final”:

experiencias y lecciones

Gerhart M. Riegner

Señoras y señores:

Estamos aquí reunidos esta noche para recordar lo que sucedió en Alemania hace cincuenta años, la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938, y cómo la Noche del Pogrom llevó a la “Solución Final”. Estamos reunidos aquí para rendir homenaje a las víctimas y para aprender una lección para el futuro.

¿Qué sucedió esa noche?

Permítanme enumerar los fríos hechos, tal como surgen de documentos oficiales nazis:¹

0. Alrededor de 30.000 judíos fueron arrestados y casi todos ellos transportados a los campos de concentración de Buchenwald, Dachau y Sachsenhausen
0. 91 judíos fueron asesinados, y varios centenares murieron tras ser llevados a los campos.
0. 267 sinagogas fueron incendiadas o destruidas
0. 7.500 comercios fueron destruidos o saqueados
0. casi todos los cementerios judíos fueron destrozados
0. 177 edificios residenciales fueron incendiados
0. se causó daño material por varios cientos de millones de RM (Reichsmark)
0. se destrozaron decenas de miles de cristales de ventanas, y solamente el daño resultante ascendió a seis millones de marcos
0. se estableció un impuesto de mil millones de RM a los judíos alemanes como multa, y los seguros fueron confiscados por el Reich

Estas son las crudas imágenes de lo que ocurrió esa noche y al día siguiente.

¿Qué causó estos hechos atroces?

Estos hechos no tienen precedentes, ni siquiera en la historia del nacionalsocialismo.

De acuerdo con la ley polaca de expatriación de marzo de 1938, todos los ciudadanos polacos que hubieran vivido más de cinco años en el extranjero podían ser despojados de su ciudadanía. En octubre de 1938, los judíos polacos que habitaban en muchos lugares de Alemania fueron citados al consulado polaco para efectuar un control de sus pasaportes, y a aquellos a quienes se aplicaba esa ley se les prohibió toda futura entrada a Polonia. Por consiguiente, a fines de octubre, cuando la Gestapo expulsó a decenas de miles de esos polacos judíos y los transportó en camiones hasta la frontera polaca, los polacos les negaron la entrada. Se produjo un gran escándalo: miles de judíos polacos estuvieron languideciendo durante días en la frontera, a la intemperie, muertos de hambre y de frío. Entre ellos había una familia de apellido Grynspan, cuyos integrantes habían residido durante 27 años, desde 1911, en Hanover. Finalmente, las autoridades permitieron el paso, y la mayoría pudo entrar a Polonia. La hija de la familia Grynspan, Berta, le escribió una postal a su hermano Herschel, que vivía en París, en la que le describía los terribles acontecimientos. Inmediatamente, el hermano -un muchacho de 17 años- en un gesto de protesta, se dirigió a la embajada alemana en París y disparó sobre un miembro de la embajada. El 9 de noviembre mató a Vom Rath, un empleado menor de la embajada en París.

La noche del 9 de noviembre, los líderes del Partido Nazi estaban reunidos en un encuentro de veteranos en la antigua Sala Municipal de Munich. Goebbels informó sobre disturbios antijudíos e incendios de sinagogas en Hessen y Anhalt, en reacción contra el asesinato. Contó que el Führer, ante su informe, había decidido que los disturbios no serían instigados por el Partido; “mientras se desarrollen en forma espontánea, no hay que oponerse a ellos”. Todos entendieron: el Partido no debía aparecer públicamente como instigador, aunque de hecho debía organizar y ejecutar todo. Y eso fue lo que ocurrió.²

Así fue, pues, como se desarrollaron las acciones espontáneas: el 9 de noviembre, Heydrich, jefe del la Policía de Seguridad, envió un telegrama expreso a todos los puestos de policía. Cito: “Debido al asesinato del consejero Vom Rath en París, se esperan *demostraciones contra los judíos a través de todo el Reich* en el transcurso de esta noche, 9/10 de noviembre de 1938”, y dio instrucciones para lo que sucedería.³ Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, telegrafió el 9 de noviembre a todos los puestos de policía: “Muy pronto tendrán lugar en toda Alemania acciones contra los judíos, especialmente contra sus sinagogas. *No deben ser reprimidas.*”⁴ Por último, permítanme citar una conversación telefónica entre un miembro de la SA (*Sturm Abteilung*: ‘sección de asalto’) de Wesermünde y un jefe de la SA de Lesum:

A: ¿Ya recibió sus órdenes?

B: No.

A: *Alerta roja para la SA en toda Alemania. Medidas de represalia por la muerte de Vom Rath. Al caer la noche, no debe quedar ni un judío en Alemania. Los comercios judíos también deben ser destruidos.*

B: ¿Y qué les pasará a los judíos en realidad?

A: *Aniquilamiento.*⁵

Aniquilamiento

Aquí oímos la palabra por primera vez. El miembro de la SA había entendido.

Lo que tuvo lugar en esos días en Alemania fue una señal. Ahora se veía con claridad adónde conducía el camino. El mundo se conmocionó y se consternó, pero no reaccionó. En esa época, yo estaba en la Oficina de Ginebra del Congreso Judío Mundial, y publiqué un boletín sobre el pogrom, en francés, de seis páginas enteras.

Dije que la Noche del Pogrom era una señal. Pero no era el comienzo.

El comienzo puede leerse en *Mein Kampf*, donde dice que Judá es una plaga mundial, donde está escrito que el judío podrá pertenecer a una raza, pero no a la humanidad, y que el judío es la imagen misma del diablo. El comienzo puede leerse en el programa del Partido, cuyo tema central es la judeofobia, donde se hace del pueblo judío el chivo expiatorio de todo el mal que existe en el mundo - es responsable del comunismo, del socialismo y del liberalismo, de la pobreza y de la riqueza-, y cuyo objetivo principal es la destrucción de los judíos.

El comienzo fue el Día del Boicot, el 1 de abril de 1933, cuando frente a cada comercio judío, cada consultorio médico judío, cada estudio jurídico judío, había un piquete del Partido que impedía el acceso a la gente.

El comienzo fue la legislación antijudía que entró en vigencia en los meses que siguieron inmediatamente a la toma del poder, la exclusión de los judíos del servicio civil y de una gran cantidad de profesiones.

No es cierto -como oímos a menudo- que sólo después de la guerra nos enteramos de todas las cosas terribles que ocurrieron. Cuando me fui de Alemania en mayo de 1933 (tenía 21 años), yo ya conocía la existencia de los campos de concentración de Oranienburg y Sachsenhausen, y sabía sobre las cámaras de tortura de la Gestapo en los sótanos del edificio del periódico *Rote Fahne*. Supe entonces quién era el responsable del incendio del Reichstag (Parlamento). El 1 de abril me habían suspendido en mi trabajo en un juzgado de Berlín. El mismo día, mi padre fue suspendido como notario; mi hermana mayor, que era maestra en una escuela de Frankfurt/Main, perdió su empleo; mi hermana menor, que cursaba todavía la escuela primaria, fue expulsada. Sólo mi madre, que en ese momento no trabajaba, no tuvo problemas. La vida de toda una familia fue trastornada en un solo día. Y para colmo, esa noche, nosotros (los únicos judíos del barrio) debimos soportar durante veinte minutos, cuando salíamos de la casita que alquilábamos cerca de la ciudad, los gritos de los hombres de la SA: *Juden raus, Juden raus!* (¡Fuera, judíos!). ¿Acaso puede esto ser malinterpretado?

Recuerdo que la noche anterior a mi partida, en una fiesta familiar donde vi a viejos amigos y conocidos por última vez, supliqué durante horas: “¡Por lo menos manden a los niños a otra parte! ¿No ven que este es el final de los judíos alemanes?”. Todavía recuerdo las palabras exactas. Naturalmente, no sabía, y no podía prever, que todos los judíos serían asesinados. Pero estaba

muy claro para mí que ya no habría una existencia digna para los judíos en la Alemania nazi, y también estaba claro que los nazis no cambiarían su fanático rumbo. Fue una gran tragedia que la mayoría de la gente no se diera cuenta de esto, que no reconociera que terminaba definitivamente un estado regido por la ley, que creyera que se trataba de un fenómeno transitorio.

Y entonces llegó 1935 y se promulgaron las Leyes de Nuremberg, que despojaron a los judíos de sus derechos civiles: esto significó el principio de la exclusión final de los judíos de la vida económica. Y empezó el capítulo de la arianización, uno de los más terribles de toda esa época, cuando miles y miles de personas, y desde grandes compañías hasta las más pequeñas empresas individuales, se abalanzaron sobre las propiedades de los judíos y adquirieron todo lo que necesitaban al menor precio y a veces por nada. La extorsión estaba a la orden del día.

Y entonces llegó la Noche del Pogrom, la culminación de ese proceso. No obstante, fue necesaria una guerra para ejecutar completamente el programa antijudío.

Permítanme contarles cómo viví ese desarrollo en mi oficina de Ginebra, que se había transformado en uno de los más importantes puestos de observación del destino de los judíos en la segunda guerra mundial.

Desde el mismo comienzo de la guerra, durante la campaña de Polonia, se perpetraron terribles atrocidades en Prusia occidental. Miles de judíos fueron asesinados en Posen y Bromberg. Los informes oficiales de varios gobiernos dieron cuenta detallada de esos hechos.

Desde fines de 1940 hasta mediados de 1941, nos llegaron esporádicamente noticias terribles. Los judíos de Polonia, varios millones, eran encerrados en ghettos aislados del mundo exterior. Hubo un primer reasentamiento en Lublin; empezaron las deportaciones desde el Reich; había informes de fusilamientos en ghettos y una tremenda escasez, en las que se distribuía a los judíos raciones de hambre. Y cuando comenzó la invasión a Rusia en el verano de 1941, pronto recibimos terribles noticias de atrocidades en el Este. Oímos de varias partes que habían tenido lugar ejecuciones masivas en el frente oriental. 10.000 aquí, 5.000 allá, más allá 20.000. Los informes seguían multiplicándose.

En el otoño de 1941, empezaron a llegar informes sobre experimentos, consistentes en inyectar ciertas sustancias a los judíos. Recibimos informaciones sobre autobuses que se usaban para gasear judíos. Al principio, uno no podía creer esas informaciones, pero luego fueron en aumento. A pesar de todo esto, todavía no conocíamos la orden de exterminio.

En octubre de 1941, le mandé una carta a Nahum Goldman a Nueva York, contándole acerca de los terribles informes que llegaban del Este. "Si esto sigue así, le escribí, muy pocos judíos sobrevivirán a la guerra".

Permítanme interrumpir mi relato y recordarles qué hacían los líderes nazis, según lo sabemos ahora.

La decisión de exterminar a los judíos debe de haber sido tomada a comienzos de la campaña a Rusia. El 31 de julio de 1941, Goering envió una orden a Heydrich en el sentido de hacer los preparativos para la "Solución Final" a la Cuestión Judía. Los equipos de exterminio estuvieron listos en el frente oriental a partir de mayo de 1941. El primer campo de exterminio en Chelmo entró en operaciones en diciembre de 1941, seguido por el de Belzec y Sobibor. Las primeras muertes por gas en Auschwitz tuvieron lugar en septiembre de 1941, pero todavía en forma experimental. La Conferencia de Wannsee a fines de enero de 1942 movilizó a todos los ministerios y agencias del Reich para ejecutar la "Solución Final". En el Este se efectuaron deportaciones en masa a partir de marzo de 1942. Treblinka empezó a funcionar el 23 de julio de 1942. Según una carta de Himmler a Heydrich de abril de 1942, Hitler había decidido la "Solución

Final", y encargó su implementación a Himmler y Heydrich.

Prosigo con mi relato acerca de cómo se desarrolló todo ante nosotros. En marzo de 1942, un colega de la Agencia Judía, Richard Lichtheim, y yo, como representantes del Congreso Judío Mundial, decidimos dirigirnos al nuncio apostólico en Berna y apelar al Vaticano, para tratar al menos de detener ese proceso en los países católicos, donde los sacerdotes realmente se encontraban en posiciones gubernamentales de poder.

Según se nos pidió, presentamos un memorándum en el que hicimos una lista, país por país, de lo que sabíamos acerca de la situación judía en países católicos, y donde aparecían a menudo expresiones tales como "liquidar a todos los judíos" o "exterminio". Ningún otro podía ser el objetivo de esas medidas. Eso fue seis semanas después de la Conferencia de Wannsee.⁶

En junio de 1942, el gobierno polaco en el exilio, en Londres, publicó un informe del "Bund" (partido socialista judío), según el cual ya habían muerto 700.000 judíos. Poco después, el Congreso Judío Mundial ofreció una conferencia de prensa en Londres, en la que anunció que había más de un millón de víctimas. Fue la primera publicación de esa información en la prensa, que de allí en adelante no publicó nada más sobre la persecución a los judíos.

Fue a fines de julio de 1942 cuando llegó el primer informe auténtico de fuentes alemanas sobre el plan de aniquilamiento total de los judíos europeos.⁷ Un importante industrial, que tenía acceso al cuartel general de Hitler, vino a Suiza e informó que se estaba analizando un plan para deportar a la totalidad de los judíos de Europa al Este y asesinarlos allí. Se estaba discutiendo qué método se usaría. Se hablaba de ácido hidrocianico. (El gas cianido que se usó para el exterminio se produjo a partir del ácido hidrocianico). El industrial contó todo esto a sus compañeros de negocios para descargar su conciencia y para alertar a los judíos. Sus compañeros de negocios suizos informaron al secretario de prensa de la comunidad judía suiza, el Dr. Benjamin Sagalowitz, y él se comunicó inmediatamente conmigo, ya que esa noticia tenía implicancias que iban mucho más allá de Suiza.

Seis semanas después, el mismo industrial vino a Suiza por segunda vez e informó que ahora estaba seguro de que ya no se trataba de un plan escrito sobre un papel, sino de una política que estaba siendo implementada.

El industrial en cuestión era Eduard Schulte. Era director de una de las compañías mineras más grandes, con 30.000 trabajadores. Algunos historiadores sostienen que sus fuentes de información podrían haber sido el *Gauleiter* de Silesia, Hanke, o un primo que trabajaba en contraespionaje a las órdenes del almirante Canaris. Él mismo nunca habló de eso, y no se descarta que haya habido una tercera fuente.

Señoras y señores: hoy sabemos qué ocurrió. Pero en aquel momento, cuando recibí esas noticias, me llevó dos días y dos noches convencerme a mí mismo de la veracidad de esos informes. A pesar de todo lo que sabíamos -y nosotros, en la oficina de Ginebra, ciertamente sabíamos más que el hombre de la calle-, esas eran sin duda informaciones atroces. ¿No serían informaciones falsas? Naturalmente, hice averiguaciones sobre la confiabilidad del industrial, y me aseguré de que era una fuente perfectamente confiable.

¿Por qué me convencí, a diferencia de muchos otros que recibieron más tarde esas noticias? Por tres razones fundamentales:

1. Hitler ya había hecho amenazas públicas en ese sentido en diversas oportunidades. En sus discursos del 30 de enero de 1939, 30 de enero de 1941 y 30 de enero de 1942 (siempre en el aniversario de la toma del poder), había advertido y amenazado: "Esta

- guerra terminará con la destrucción del pueblo judío de Europa". *Mein Kampf* y sus advertencias no habían sido tomados en serio. ¿Necesitaba repetirse una vez más ese error?
2. Una terrible ola de arrestos había tenido lugar el 14 y el 15 de julio de 1942 a través de toda Europa occidental. En Amsterdam, Bruselas, Antwerp, París, Lyon y Marsella, decenas de miles de judíos fueron repentinamente arrestados y preparados para la deportación. Los primeros trenes de deportados ya había partido hacia el Este. Conocíamos desde hacía tiempo la deportación de judíos desde Berlín, Viena, Praga y otras zonas de Europa central y oriental. Pero nadie entendía la rapidez con que se llevaba a cabo la ola de arrestos en Europa occidental. Las noticias de Schulte le otorgaban sentido a todo eso. Estaba claro qué ocurría.
 3. Me convencí de que los nazis eran capaces de actos de esa clase. Mi origen alemán, más mis experiencias con los nazis, desempeñaron un papel en este caso particular. Su brutalidad y fanatismo no eran nuevos para mí. Los había visto en las calles, el día de la toma del poder, el día del boicot y en otras oportunidades. Recordaba las elecciones estudiantiles de Friburgo i.Br y Heidelberg de 1929/30, en las que participé -en Prusia ya las habían suspendido por mucho tiempo porque los nazis habían obtenido todas las grandes mayorías-, y en las que nosotros, estudiantes republicanos, nos vimos frente al terror de los estudiantes nazis. Yo recordaba cómo los nazis nos habían echado a estudiantes y profesores judíos -hacia 1930/31, mucho antes de la toma del poder-, fuera de las aulas de la Universidad de Berlín con cachiporras de goma, y cómo tuvimos que saltar por las ventanas para que no nos golpearan.

Entonces decidí transmitir las noticias a los norteamericanos y británicos en Suiza -los rusos soviéticos no tenían representación en Suiza-, y visité sus consulados el 8 de agosto de 1942. Hice tres pedidos: que informaran a sus respectivos gobiernos; que las noticias fueran examinadas directamente por sus servicios secretos; y que enviaran un telegrama de mi parte al presidente del Congreso Judío Mundial en Nueva York, el Dr. Stephen Wise, así como al presidente de la sección británica del Congreso Judío Mundial en Londres, diputado laborista Sydney Silverman. Las legaciones en Berna transmitieron mis informaciones a Washington y Londres.

Pero nadie creyó las informaciones. El Departamento de Estado se negó a enviar el telegrama al Dr. Wise, "debido a su manifiesto carácter insustancial". El gobierno británico transmitió el mensaje al parlamentario Silverman diez días después, pero calificándolo de "rumores descabellados nacidos del temor judío", y no fue tomado en serio. Sumner Welles, subsecretario de Estado del Departamento de Estado en Washington, prohibió la publicación, después de que Wise fue informado por Silverman, hasta que pudiera ser verificada. Se tomó contacto con el Vaticano y con todos los gobiernos. Tampoco ellos lo creyeron. El Vaticano declaró que ciertamente había tenido informes de maltrato a judíos, pero no podía confirmar la exactitud de las noticias.⁸ Benes habló de provocación alemana. El embajador soviético Maiski fue el único que tomó las noticias en serio.

En vista de todo ello, nosotros, en Ginebra, buscamos corroboración de otras fuentes. Y la encontramos durante los meses de agosto y septiembre de 1942, en cantidad creciente.

Primero, recibimos dos cartas desde Varsovia, escritas fuera de los ghettos y dirigidas a una organización de asistencia de judíos ortodoxos, que informaban en un lenguaje algo velado sobre la deportación diaria de 6000 judíos desde Varsovia a Treblinka, donde no había sombra de duda de que los judíos estaban siendo asesinados.

Luego tuvimos el informe de un joven judío, Gabriel Zivian, que había huido de Riga y estaba con unos parientes en Suiza. Él describió muy vívidamente el destino de los judíos de Riga, que nueve

meses antes habían sido sacados de la ciudad, fusilados y enterrados en zanjas, 36.000 de ellos en noviembre y diciembre de 1941, sin que nadie lo supiera. Entre ellos estaba el famoso historiador del pueblo judío Simon Dubnov. Estuve escuchando al joven en mi oficina durante ocho horas como un juez de instrucción.

Y después llegó un informe, que sonaba fantasioso, de un joven mecánico polaco, Isaac Lieber, quien había sido arrestado en Antwerp a mediados de julio y deportado al Este. Era chofer de un joven oficial alemán cuyo destino era la zona de Stalingrado. El oficial alemán, que estaba cansado de la guerra y ya había perdido dos hermanos, decidió salvar a este judío y esconderlo en un tren de transporte que iba de Stalingrado a la Gare de l'Est de París, desde donde el joven escapó luego a Suiza. Lieber relató sus conversaciones con el oficial alemán, a quien interrogó detenidamente sobre el destino de aquellos que habían sido deportados con él. El oficial le dio la siguiente respuesta: "Los que puedan ser usados para trabajar -especialmente para obras de defensa en el frente oriental- serán empleados. Los que no sirven para trabajar serán asesinados. Los que dejen de ser útiles para el trabajo, también serán asesinados". Era tan sencillo: toda la tragedia estaba resumida en tres frases. También escuché a este hombre durante horas y redacté un protocolo.

Por último, recibí una corroboración -que fue de gran significado para mí- del vicepresidente del Comité Internacional de la Cruz Roja, el profesor Carl J. Burckhardt, quien nos confirmó a nosotros, y luego al cónsul norteamericano, que había recibido informes de dos diplomáticos alemanes, que no dejaban la menor duda sobre el plan de hacer a Europa *judenrein*.

Presentamos todo el material -un memorándum de unas 30 páginas-⁹ al consejero norteamericano en Berna en octubre de 1942. Cuando este material llegó a Washington en noviembre de 1942 -tres meses después de mi primer informe-, Washington lo creyó y permitió publicar las noticias. Pero mientras tanto, cientos de miles habían sido asesinados.

Esto produjo finalmente una declaración de los gobiernos aliados, publicada el 17 de diciembre de 1942 en Washington, Londres y Moscú.¹⁰ La declaración hablaba de "informes, que no dejan lugar a dudas, de que los alemanes están llevando a cabo su tan a menudo reiterado propósito de aniquilar al pueblo judío de Europa. El número de hombres, mujeres y niños completamente inocentes llega a cientos de miles". La declaración advertía que los responsables serían castigados.

Yo ya había presentado una propuesta para una declaración de esa clase a nuestra oficina de Nueva York en octubre de 1941.

Ahora el mundo sabía. Ahora todos los gobiernos sabían. Ahora había que hacer algo.

Grupos judíos de todo el mundo libre organizaron grandes demostraciones de protesta, en Nueva York, Londres y otros lugares. Presentaron un programa de rescate de doce puntos y exigieron acción. Bajo su presión, los gobiernos de EE.UU. y Gran Bretaña llamaron a una conferencia en Bermudas para estudiar el problema.

Pasaron los meses. La conferencia estaba rodeada del mayor secreto. Pero cuando se levantó el secreto, se supo que no se había decidido nada. De hecho, nada sucedió.

Y con esto llego al problema más difícil.

¿Por qué nadie creyó las informaciones sobre la "Solución Final"

y por qué prácticamente no se hizo nada, o muy poco?

Hay una cantidad de razones para esto:

1. Nadie estaba preparado para semejante situación: no había precedentes. Esto demuestra la verdadera singularidad de la "Solución Final". Nunca antes había sucedido que un pueblo entero -hombres, mujeres, niños, bebés, ancianos y minusválidos- fueran destinados a la muerte con precisión burocrática.
2. El hecho de que algunos informes de atrocidades de la primera guerra mundial se hubieran revelado falsos más tarde, hizo que la gente fuera escéptica sobre la veracidad de estos horribles informes.
3. Una tercera razón fue el absoluto secreto de la "Solución Final": Himmler dijo en un discurso a los líderes de la SS en octubre de 1943: "Nunca lo mencionaremos y no quedará rastro de ello". Hubo otros testimonios similares. Se había inventado un lenguaje especial: "Solución Final", reasentamiento, tratamiento especial: todo esto no significaba otra cosa que exterminio.
4. Y además también en el campo aliado había antisemitismo. La propaganda nazi en Occidente fue mucho más efectiva de lo que se suele suponer. Existían grandes organizaciones dirigidas por nazis en los Estados Unidos, como el "Bund" alemán. Había propagandistas antisemitas que arengaban contra los judíos en la radio, como el padre Coughlin y Gerald L. K. Smith. La embajada alemana también tuvo su parte al hacer circular esa propaganda. Actuar en nombre de los judíos no era popular. Una guerra en nombre de los judíos no era popular. Los Estados Unidos querían mantenerse fuera de la guerra, y se inclinaban por la neutralidad, y hubo quienes acusaron a Roosevelt de arrastrar al país a la guerra por los judíos.

Se puede detectar claramente antisemitismo en algunas acciones emprendidas por las autoridades, especialmente el Departamento de Estado, por ejemplo, en la política de entrega de visas a los judíos. La cuota de Alemania nunca fue cubierta, pero se les negaba visas a los judíos alemanes. La supresión de mi famoso telegrama de agosto de 1942 fue una prueba más de esa actitud. En un momento dado, se dieron instrucciones de no mandar más informes de personas particulares o de organizaciones a través de la legación en Suiza (eso obviamente estaba dirigido contra mí). La intención era aislar la fuente de información para que hubiera menos conmoción y menos presión sobre las autoridades. Cuando el presidente de Costa Rica presionó por una acción en favor de los judíos que estaban en riesgo en Europa, el embajador norteamericano le dijo: "Todo se basa en informes de un dirigente judío de Suiza". En abril de 1943 presenté propuestas de socorro para varios países y las telegrafí a Washington, pero sólo en diciembre se empezaron finalmente a dar los primeros pasos.

Para esa fecha algunas de las propuestas ya no eran viables. Además, Roosevelt y Morgenthau habían estado de acuerdo con el plan unos meses antes. Morgenthau y sus colegas del Tesoro pusieron al descubierto los actos de sabotaje del Departamento de Estado en un memorándum sensacional, cuyo título era: "Sobre el consentimiento de este gobierno al asesinato de los judíos". Esto produjo la única acción efectiva de la política de socorro: el establecimiento del Consejo de Refugiados de Guerra.

En Inglaterra, la situación no era tan diferente. Prevalcían las políticas antisionistas, como resultado del documento oficial de 1939. Todo estaba dirigido a impedir la inmigración judía a Palestina. Si se examinan los registros del Foreign Office y del Colonial Office del período de la guerra, parece que los enemigos eran los judíos que hacían desesperados esfuerzos por salvar a sus hermanos, y no los nazis. El libro de Bernard Wasserstein sobre la política británica hacia los judíos durante la guerra está lleno de estos ejemplos.¹¹

5. Lo más importante de todo es que en esa época los judíos no tenían ningún peso político en ninguna parte. Eran completamente impotentes. Eran exactamente lo contrario de lo que Hitler quería hacerlos parecer, y no tenían ninguna alternativa política en la guerra. ¿A quién podían acudir? ¿A Hitler? Por consiguiente, nadie los tomaba en cuenta.
6. Por último, aun conociendo los hechos, nadie quería creerlos.¹² De algún modo se negaba la realidad. No se podía aceptar la confrontación con el mal absoluto, incluso conociéndolo. Simplemente, no se podía vivir con ese conocimiento. Aun siendo conscientes de aquella tragedia, todos esperaban en el fondo de su corazón que todo ese asunto fuera pura fantasía.

Me gustaría dar dos ejemplos típicos de esto.

Un día de 1943 -o un poco más tarde-, recibí un paquete de la Asociación de Judíos Polacos de EE.UU., desde Nueva York, donde había 30.000 direcciones de judíos en Polonia. Yo debía enviar a cada uno de ellos un paquete de comida. Cuando recibí ese envío, creí que me volvía loco. ¿No habían entendido todavía? ¿Qué ocurría? Ninguna de esas direcciones era válida ya. Todos los destinatarios habían sido evacuados, deportados a los campos, y la mayoría de ellos seguramente estaban muertos. Esto lo sabían todos los remitentes. Pero no podían aceptarlo: tenían que hacer algo. No podían permanecer inactivos. Entonces reunieron las direcciones y me las mandaron, y me encargaron enviar paquetes de comida...

Otro ejemplo. En noviembre de 1942, el movimiento clandestino polaco envió al Oeste a un oficial polaco, Jan Karski, para explicar al mundo occidental el destino de los judíos de Polonia. Lo habían hecho entrar secretamente en el Ghetto de Varsovia por dos días y, acompañado de dos dirigentes judíos, había visto con sus propios ojos la vida y la muerte en el ghetto. Hasta había visitado secretamente un campo de concentración, y había visto lo que allí sucedía. Al llegar a Occidente, se encontró con muchos líderes políticos prominentes y les informó sobre los hechos en Polonia, sugiriendo qué debía hacerse. Se reunió, entre otros, con los ministros de Relaciones Exteriores de Polonia, Edward Raczyński y de Gran Bretaña, Anthony Eden; vio a F. D. Roosevelt, Cordell Hull, Stimson. Pero en la mayoría de los casos se encontró con la incredulidad. Más tarde comentó, entre otras cosas, su encuentro con el juez de la Suprema Corte de los Estados Unidos, Felix Frankfurter, uno de los judíos más repetados del país. Cuando terminó su informe, Frankfurter le dijo: "No puedo creerlo". A lo cual Karski replicó: "¿Usted quiere decir que estoy mintiendo?". "No, respondió Frankfurter, no dije que usted esté mintiendo. Dije que no puedo creerlo". Aquí tienen ustedes la diferencia esencial entre saber y aceptar. Era una reacción esquizofrénica. La paradoja reside en que esta reacción, que tuvo consecuencias terribles porque provocó la inacción, fue tal vez el aspecto más positivo de esta tragedia. El hombre se negaba a vivir con este mal absoluto, y así, en cierto modo, restablecía la fe en el hombre.

Pequeño consuelo

Naturalmente, se hicieron muchos intentos para salvar a los que podían ser salvados. Yo mismo propuse docenas de acciones de rescate.

En muchos casos, la respuesta era que había que ganar la guerra. Esto tenía absoluta prioridad: no se podía desperdiciar fuerza militar. Nunca quedó claro por qué, por ejemplo, no se bombardearon las vías que conducían a Auschwitz y sus hornos crematorios, algo que muchos

habíamos pedido. Jaim Weizmann habló personalmente con Churchill sobre esto. Churchill estuvo de acuerdo, al igual que Eden. Pero no se hizo nada. Dijeron que era demasiado difícil: los planes de combate no operaban en un radio tan extenso. Sin embargo, Occidente ya poseía una absoluta supremacía aérea en Europa en 1944, como sabemos, y en esa época bombardeó en varias oportunidades las fábricas de Buna de IG Farben, en Monowitz, a sólo 5 km de Auschwitz.¹³

En algunos casos se obtuvieron resultados:

1. Varios acuerdos de intercambio, mediante los cuales cierta cantidad de judíos fueron llevados a Palestina a cambio de alemanes;
2. Una cierta flexibilización de leyes y garantías a poderes neutrales para inducirlos a recibir más judíos;
3. Levantamiento de bloqueos financieros y alimentarios en favor de víctimas del nazismo, como respuesta a mis propuestas de abril de 1943, y obtención del primer permiso para transferir \$25.000 de las autoridades norteamericanas para este fin, a lo que seguirían muchos más;
4. La creación de un organismo especial en los Estados Unidos para ayudar a salvar víctimas de Hitler, el Consejo de Refugiados de Guerra, de cuya necesidad convenció Morgenthau a Roosevelt en enero de 1944. La tarea del Consejo era, principalmente, implementar mis propuestas y las de otras personas para salvar a los judíos. Esto cambió apreciablemente la situación, pero llegó demasiado tarde.

En el último año de la guerra -de enero de 1944 a mayo de 1945- las organizaciones judías gastaron 20 millones de dólares en ayudar a salvar víctimas del nazismo de esta manera, con ayuda y apoyo del gobierno norteamericano. Un generoso suministro a través de la Cruz Roja Internacional fue financiado por estos medios. Los movimientos clandestinos de varios países recibieron apoyo y fueron provistos de armas; se financió la adquisición de documentos falsos para decenas de miles de personas; se organizaron transportes con protección militar para niños con destino a las fronteras de Suiza y España. Con la ayuda del Consejo de Refugiados de Guerra se emprendió la única acción política realmente efectiva para salvar judíos húngaros, que al menos salvó a los judíos de Budapest. También se ayudó a sobornar a algunos funcionarios nazis para liberar a varios miles de judíos. Esto se llevó a cabo en conexión con las operaciones Kastner-Saly Mayer-Becher, Sternbuch-Musy, Storch y Masur-Kersten-Himmler. El gobierno búlgaro fue alentado con éxito a resistir la deportación de los judíos búlgaros. Por último, logramos impedir -y este fue probablemente el hecho más significativo de todos- la aniquilación total de todos los sobrevivientes de los campos de concentración al final de la guerra, mediante negociaciones entre Carl J. Burckhardt, de la Cruz Roja Internacional, y Kaltenbrunner,¹⁴ y entre el conde Bernadotte, de la Cruz Roja Suiza e Himmler. Esas negociaciones salvaron probablemente las vidas de cientos de miles de personas.

¿Se pudo hacer más? Por supuesto. No es que se hubiera podido detener a Hitler una vez iniciada la guerra. Para eso era demasiado tarde. Pero antes de la guerra habría sido posible: en 1933, todavía en 1935, e incluso en 1936, cuando se remilitarizó la Renania. Quizá también en 1938. Después de eso, las vidas de millones de judíos ciertamente no podían haberse salvado, pero algunos cientos de miles probablemente sí, si se hubiera tenido más energía e imaginación, y si se hubieran aplicado métodos menos convencionales.

Lecciones a ser aprendidas

Nosotros los judíos hemos aprendido que nuestro primer mandamiento es confrontar el pasado, en otras palabras, no olvidar lo que sucedió. ¡Estén atentos! *Zakhor!*, dice una y otra vez la Biblia hebrea. Perder la memoria es perder la identidad y la responsabilidad. La memoria colectiva es la identidad eterna del pueblo judío a través de las generaciones. "Perder la memoria, u olvidar -dice

Elie Wiesel-, sería traición. Si hubiéramos sobrevivido para traicionar a los muertos, habría sido mejor no sobrevivir”.

Nosotros los judíos hemos aprendido que nunca hay que subestimar al enemigo, como lo hicieron los judíos alemanes en los años 30, y nunca hay que creer que se puede enfrentar con un discurso lógico instintos irracionales profundos y tendencias que están arraigadas en un pueblo en una situación específica. Nuestro “maldito” optimismo judío -como decía Schopenhauer-, que nos ayudó a luchar en muchas situaciones adversas y sobrevivir, no es una guía confiable para las brutales luchas de poder del siglo XX.

Hemos aprendido que se debe combatir las falsas teorías y las ideologías hostiles desde el mismo comienzo, y no esperar hasta que hayan obtenido un poderoso apoyo. El resurgimiento de doctrinas que predicán la desigualdad racial son tan peligrosas como el movimiento cada vez mayor de pseudo-académicos que discuten o relativizan la existencia del Holocausto. Hemos aprendido que ninguna mentira es demasiado grande como para no ser creída bajo ciertas condiciones políticas y sociales.

No hemos olvidado cómo el mundo entero nos abandonó completamente en la hora de nuestra mayor necesidad, cómo nuestro destino fue fríamente entregado a la indiferencia moral y el oportunismo político, y que, en última instancia no podemos contar con nadie, salvo con nosotros mismos.

Nos hemos transformado internamente, como resultado directo de las experiencias de la Shoah y las experiencias del resurgimiento de un Estado judío. Pero seguimos viviendo el terrible trauma de la Shoah. Seguimos luchando con nosotros mismos y con Dios para entender el sentido de esta tragedia única: seis millones de hombres, mujeres y niños, cuyo único crimen fue pertenecer al pueblo judío. ¿Cómo pudo suceder? ¿Por qué sucedió? ¿Dónde estaba Dios cuando sucedió?

No hay ninguna respuesta judía a estas preguntas. Hay diversas opiniones, pero ninguna es satisfactoria. En su “614° mandamiento”, Emil Fackenheim sintetizó la mejor idea posible: [15](#)

En Auschwitz, los judíos se encontraron cara a cara con el mal absoluto. Fueron escogidos por ello, y todavía lo son, pero en medio de todo eso oyen un mandamiento absoluto: *A los judíos les está prohibido otorgarle victorias póstumas a Hitler*. Se les ha mandado sobrevivir como judíos, para que el pueblo judío no muera. Se les ha mandado recordar a las víctimas de Auschwitz, para que su memoria no muera. Tienen prohibido perder la esperanza en el hombre y su mundo, y evadirse, en el cinismo o en lo ultramundano, para no contribuir en entregar al mundo a las fuerzas de Auschwitz. Por último, tienen prohibido perder la esperanza en el Dios de Israel, para que el judaísmo no muera...

Los cristianos deben reflexionar sobre cómo fue posible que el mundo permaneciera así, observando esa catástrofe sin precedentes, sin realizar ninguna acción decisiva. Cómo es posible que los reflejos éticos y morales simplemente no funcionaran. Cómo fue posible que centenares, miles en realidad, que tomaron parte en ese proceso -con pocas excepciones- colaboraran sin protestar, o meramente desviarán la mirada, haciéndose culpables a través de su silencio.

Los cristianos deben analizar cómo fue posible que los organismos directivos de la Iglesia Católica o Protestante no adoptaran ninguna posición pública u oficial frente al Pogrom de noviembre de 1938, las deportaciones y la política de exterminio. Y que dejara a cargo de valientes ministros individuales de la Iglesia las críticas a esos actos.

Los cristianos deberían pensar cómo fue posible que incluso en las más valerosas y bellas protestas contra el nazismo encabezadas por la Iglesia -la declaración Barmen del sínodo de la

Confessing Church de mayo de 1934, e incluso la declaración de Stuttgart del Consejo de Iglesias Evangélicas del 19 de octubre de 1945, la así llamada confesión de culpa-, no se dijera ni una palabra sobre los judíos. También deben analizar cómo fue posible que hasta en los círculos de la oposición cristiano-germana, se discutiera el establecimiento de un estatuto especial para los judíos en el período de posguerra.

¿Cómo pudieron los mandamientos “ama a tu prójimo como a ti mismo” y “soy el guardián de mi hermano” perder completamente su significado, o en todo caso dejar abruptamente de aplicarse a los prójimos judíos?

Los cristianos deben reflexionar seriamente sobre el grado en que la teología cristiana, a lo largo de los siglos, de Juan Crisóstomo a Lutero, y desde Stöcker hasta el presente, ha contribuido a la demonización de los judíos y a la imagen del judío eternamente errante sujeto a maldición. Los cristianos deben pensar seriamente cómo la confusión en el antijudaísmo teológico a través de los siglos se convirtió en un desprecio brutalmente inhumano hacia los judíos. Porque, por más que el nacionalsocialismo fuera no-cristiano en su esencia, nunca habría podido ejecutar efectivamente su programa antijudío sin esos antecedentes.

La nueva teología cristiana sobre los judíos y el judaísmo, tal como ha sido definida especialmente en la declaración de la Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (WCC) en Nueva Delhi, en 1961, en los documentos del Concilio Vaticano II y la Comisión de la Santa Sede para las Relaciones con el Judaísmo, y en las Consideraciones Ecuménicas del WCC de 1982, es el comienzo de la respuesta a esas preguntas. Mi presencia aquí es una señal de que tomo en serio esos esfuerzos. Pero todavía estamos en los inicios de esta nueva alborada, y la nueva teología aún se reduce, en muchos aspectos, a una pequeña elite intelectual, que necesita la colaboración de todos para convertirse en una realidad cotidiana y para que nuestras comunidades capten masivamente su significado.

Pero todos nosotros debemos reconocer y analizar las condiciones políticas, económicas y sociales específicas bajo las cuales Hitler llegó al poder. Aun cuando generalmente la historia no tiende a repetirse, deberíamos ser conscientes del hecho de que los nazis nunca hubieran llegado al poder si no se hubiera producido una triple crisis: una crisis nacional, engendrada por el resentimiento contra las condiciones del Tratado de Versalles, que se consideraron injustas; una crisis económica, causada por el gran *crac* de 1929, que provocó más de siete millones de desocupados en Alemania; y una crisis social de profundas dimensiones, por la rebelión de las masas empobrecidas de la clase media que luchaban desesperadamente por evitar su proletarianización. La combinación de estos tres factores es responsable de la llegada de Hitler al poder, y sólo si reconocemos claramente esas causas, podremos protegernos de una recaída en un estado de cosas similar.

La respuesta política a las atrocidades nazis por parte de los pueblos del mundo fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos y varias Convenciones de Derechos Humanos formuladas por la UN, con el objeto de garantizar los derechos políticos, económicos y sociales, incluso los derechos religiosos, de todos. Sólo es de esperar que, en un mundo en el que pareciera que las grandes tensiones políticas de las últimas décadas se han retirado a un segundo plano, dando lugar a una cooperación internacional más estrecha a través de las fronteras, esta protección mancomunada a los derechos humanos sea fortalecida y ejecutada con mayor eficacia.

Tal vez haya llegado el tiempo, en este nuevo clima, en este momento en que conmemoramos a las víctimas, de retornar a las ideas y los sueños que todos hemos tenido y compartido en aquellos días de liberación a través de todas las fronteras en la Gran Alianza, y de renovarlas en un esfuerzo común.

Por cierto, alcanzar este objetivo no es tan sencillo. Depende, sobre todo, de nuestra voluntad y

de nuestra resolución.

En este contexto, me gustaría finalizar con las palabras de un poeta, que es un sobreviviente. Suena como un legado:

De todos los milagros, el mayor

Es sin duda el milagro de la vida.

Y la muerte sólo nos alcanzará

Si falla nuestra fuerza de voluntad.¹⁶

Notas

1. Los siguientes detalles se basan en el relato de Heinz Lauber, *Juden-Pogrom: "Reichskristallnacht" November 1938, in Grossdeutschland* (Gerlingen, 1981), 123 ss.
2. Lauber, 78.
3. Lauber, 80.
4. Lauber, 83.
5. Lauber, 87-8.
6. El memorándum se reproduce en el libro de Saul Friedlander *Pie XII et le IIIe Reich* (Paris, 1964), 104 ss., y en John Morley, *Vatican Diplomacy and the Jews during the Holocaust 1939-1943* (New York, 1980), 212 ss.
7. Los hechos a los que se alude fueron descritos en varias publicaciones, la primera vez en los diarios del Secretario del Tesoro Henry Morgenthau jr, en *Collier's Magazine*, especialmente en el número del 1 de noviembre de 1947. Véase también, entre otros: Stephen S. Wise, *Challenging Years* (New York, 1949), 274 ss; John Morton Blum, *From the Morgenthau Diaries, Years of War 1941-1945* (Boston, 1967), 207 ss; Arthur D. Morse, *While Six Million Died* (New York, 1967), 3ss; Walter Laqueur, *The Terrible Secret* (London, 1980), 77 ss; David S. Wyman, *The Abandonment of the Jews* (New York, 1984), 42 ss; Walter Laqueur y Richard Breitman, *Breaking the Silence* (New York, 1986), especialmente 143 ss.
8. Para esto, véase: Gerhart M. Riegner, *A Warning to the World. The efforts of the World Jewish Congress to mobilise the Christian churches against the final solution* (Cincinnati, 1983), 7 y Notas.
9. Véase Memorándum en el Archivo del Congreso Judío Mundial en Ginebra; el original puede encontrarse en los Archivos del Departamento de Estado. Véase Breitman en Laqueur, 273.
10. La Declaración fue emitida por los gobiernos de Bélgica, Checoslovaquia, Grecia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Polonia, USA, URSS, UK, Yugoslavia y el Comité Nacional Francés ('France libre').
11. Véase Bernard Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe 1939-1945* (London y Oxford, 1979).
12. Este aspecto fue repetidamente subrayado y documentado por Walter Laqueur en su libro *The Terrible Secret: an Investigation into the Suppression of Information about Hitler's "Final Solution"* (London, 1980).

13. Véase David S. Wyman, "Why Auschwitz was never bombed", *Commentary*, mayo 1978, 37; también Wyman, *The Abandonment of the Jews* (New York, 1984), capítulo 15, 288 ss.
14. Para esto, véase especialmente Monty Noam Penkower, *The Jews Were Expendable* (Chicago, 1983), 230 ss.
15. Véase Emil Fackenheim, "Jewish faith and the Holocaust: a fragment" en *The Jewish Thought of Emil Fackenheim* (Detroit, 1987), 165.
16. Hermann Adler, dedicatoria manuscrita en *Fieberworte von Verdammnis und Erlösung* (Basle, 1948).

Traducción del inglés: Silvia Kot